

COLECCIÓN PRESIDENCIAL
ENRIQUE BOLAÑOS GEYER

Cincuenta

Poemas de
Alfonso Cortés



OBRAS

ILUSTRACIONES JOSÉ LUIS CUEVAS
SELECCIÓN ALVARO URTECHO

Cincuenta

Poemas de

Alfonso Cortés

SELECCIÓN ÁLVARO URTECHO

Colección Presidencial

Enrique Bolaños Geyer

Director de Colección Presidencial: Ariel Montoya

Diseño de Portada y Diagramación: Walter García

Ilustraciones: José Luis Cuevas (México)

**Esta publicación fue editada en Managua, Nicaragua,
en diciembre de 2006, en el marco del 124 Aniversario
de la Lotería Nacional.**



Contenido

Introducción	5
Estancias	17
Vida anterior	18
El barco pensativo	20
Fuga de otoño	22
Vita lumen	23
Tres amores	24
Irrevocablemente	25
Las aves	26
El poema olvidado	29
La canción del espacio	31
La flor del fruto	33
Poema	34
Almas sucias	35
Pasos	36
Ángelus	37
Cuadro	41
En el sendero	42
Desde la orilla	44
Verano	45
Un detalle	47
Aire	48
Órgano	49
Danza negra	50

Estancia	51
Visión	52
Las tres hermanas	54
Ararat	57
El perro	58
El mal amor	59
Al Dante	60
Clarín patrio	61
Gritería	62
Reina Amalia	63
Vida anterior	64
La exégesis	65
La danza de los astros	68
Yo	71
Miserere	72
Darío	73
Balada de la corza blanca	74
Yo	76
La canción de las cosas	77
Caminos	79
La gran plegaria	80
La caridad	83
Las tres hermanas	85
La piedra viva	86
Ángelus	87
Al genizaro histórico	88
La Catedral	89

Alfonso Cortés o la experiencia profunda del Ser

Nadie pondrá en tela de duda en la hora actual el ascendiente simbolista, platónico e idealista de la poesía de Alfonso Cortés; una poesía altamente espiritual, conformada por una densidad conceptual indiscutible y un universo de intensas imágenes sensoriales. No voy a meterme en la ociosa discusión de que si el poeta es metafísico o no. Creo que todo gran poeta lleva dentro de su sistema una metafísica, en cuanto implica una concepción del mundo que a la vez supone una concepción del ser en cuanto ser. La discusión la planteó por primera vez Eduardo Zepeda Henríquez quien, confrontándose con la interpretación de Ernesto Cardenal y Pablo Antonio Cuadra, le negaba a Cortés la categoría de poeta metafísico, situándolo más bien como *existencialista*, en tanto sus poemas parten de una vivencia existencial o temporalidad. En realidad, el hecho de que digamos que es metafísico no se contradice con el que sea también existencial (no digo existencialista, porque a mí, como a Gabriel

Marcel o a Camus, no me gusta esa palabra impuesta por la moda y los medios de comunicación de la postguerra). Lo uno no niega lo otro. Claro que el acierto de Zepeda fue el haber terrenalizado y temporalizado a Alfonso, despojándolo del halo místico en que lo envolvía la crítica exaltada y afectiva de Cardenal. Zepeda, en su cala o indagación, lo compara con Quevedo y lo sitúa definitivamente como un poeta de la temporalidad:

“La hora, triste de espacio, yerra”.

Sin embargo, esta experiencia de la temporalidad, que explica la génesis de buena parte de sus poemas, no puede ocultarnos el hecho de que la poesía alfonsoina es fundamentalmente una búsqueda del ser, una experiencia ontológica que se puede observar a partir del análisis del estudio de las esencias.

Según Hegel, la esencia es la negación del Ser y al mismo tiempo la verdad del Ser, hay una relación de ascenso y descenso entre el Ser y la esencia... Si aplicamos esta idea a la poesía, tenemos que referirnos a una esencia afectiva (que se da a través de la intuición), distinta a la esencia puramente intelectual, que los fenomenólogos llaman proposiciones en sí.

Esta dialéctica de las esencias afectivas se da en ciertas zonas de la poesía universal, a partir del romanticismo (Shelley, Holderlin) y su desarrollo en el

simbolismo (Mallarmé, Baudelaire, Rilke). Podemos hablar entonces con Jean Wahl, de “una esencia inefable, una esencia de momentos, una esencia afectiva, apresada mediante la simpatía y la intuición”.

Pablo Antonio Cuadra tenía razón cuando veía a Alfonso como un discípulo del Centauro Quirón, en el sentido de buscar el alma de las cosas, la relación sutil entre las cosas. Más que ningún otro poeta nicaragüense, incluido Darío, Alfonso está prácticamente obsesionado por esta relación maravillosa que ha sido revelada por místicos como Eckhart o por pensadores raros como Swedenborg. El misterio de la analogía, la correspondencia de universos y sentidos, la percepción ancestral de las cosas que hablan, que tienen vida propia, son persistentes en esta poesía caracterizada por un tono de angustia y tortura. Los temas y visiones que acosaron a Darío, en sus hamletianos intermedios nocturnos, acosarán a Cortés, desde muy joven, hasta la propia enajenación.

Su conciencia de que el poeta está poseído por una verdad ontológica, que sólo él puede expresar, lo asemeja a Hölderlin, cuando éste dice en su *Empédocles*:

Destacados y erguidos bajo el furor divino,
a nosotros, poetas, nos toca arrebatarle,
con nuestra propias manos, el rayo fulgurante,
a Zeus en persona, para envuelto en el canto,
hacer llegar al pueblo este don celestial.

Sólo al corazón puro y a la mano inocente
de nosotros, poetas, que somos como niños,
el rayo de los dioses no puede fulminar,

por mucho que suframos de sus mismos dolores,
Nuestro ánimo eterno no desfallecerá”.

Alfonso, desde su reducto provinciano en Centroamérica, coincide con las visiones de los grandes románticos, con los que establecieron una lucha con el demonio; el demonio que se esconde a través de las apariencias, el demonio que no nos deja aprender las esencias, el ser siempre inasible, apareciendo y desapareciendo en el pozo de las visiones. Si Stefan Zweig hubiera conocido a nuestro poeta, seguramente lo hubiera incluido en su libro de semblanzas, *La lucha con el demonio*, a la par de Hölderlin, Kleist y Nietzsche.

Fiel a la estética modernista dariana, Alfonso ofrece su concepción sacralizante de la poesía a partir de la presentación del cisne como símbolo:

“Y el cisne alzó las alas como una hostia partida
para santificar el secreto del alma
y volar en un momento audaz en que la vida
convidada a encerrarse a vivir en la calma;
escuchando los números de la mar o del viento,
o los jóvenes ruidos terrenales, o los
versículos del manuscrito amarillento
que vi un día en el seno poderoso de Dios”.

En este poema (“Las aves”) podemos ver cómo el poeta enriquece la temática modernista, insertándole una vena de religiosidad profunda, una original interpretación panteísta y cósmica del primer día de la Creación:

“Cuando aún rodaban ríos de escoriáceas riberas
sobre la piel salvaje de la tierra, y cuando al
beso del sol, mostraba en sus anchas caderas
llagas de aguas, fuego de piedra y de metal...”

El pitagorismo (“escuchando los números de la mar o del viento”) con su exaltación de la medida y el ritmo, así como el orfismo, están presentes en este poema, así como en “Almas sucias”.

“Abro para el silencio la inercia de la fluida
distancia que no vemos, entre una y otra vida
y tras la cual las cosas que miramos, observan”

Son estos los tres primeros versos de un poema que, desde el punto de vista de la intuición y las esencias afectivas, conformaría todo un tratado de ontología. El poeta inicia su poema, con la fusión de elementos contrapuestos (procedimientos característicos de los simbolistas): inercia y fluidez. La distancia, la fluida distancia es un elemento central en la poética alfoncina, como se puede ver en “Ventana”. Las cosas tienen vida secreta, vida sutil. O sea, no se trata de la cosa en sí, sino de la cosa animada porque, pese a que

la miramos, nos observa. Es evidente que uno de los sentimientos inmediatos que nos invade cuando leemos la poesía de Cortés, es su dimensión espacial, su anhelo de espacio, su sed de cielo e inmensidad. Estamos frente a una sabiduría solar que se contrapone a la sabiduría nocturna y lunar de los llamados “poetas malditos”.

Poseído por esta sabiduría, se dirige al lector
como un oficiante litúrgico:

“Yo elevaré las vastas esencias que conservan
su secreto de sueños dentro del pecho enorme,
y uniré los detalles de forma, luz y acento
que unifica la pálida lejanía del viento”:

Las “vastas esencias” (ideas) tienen un poder visionario dentro del “pecho enorme”, es decir, dentro del hombre, es decir: el ser en el tiempo. El poeta, en su anhelo presocrático de recuperar la Unidad Absoluta, ansía unificar “los detalles de forma, luz y acento”, a través de la “pálida lejanía del viento”.

“Porque bajo, entre y sobre los cielos, la distancia
de que os hablo, es la idea que pone la fragancia
de unidas relaciones sutiles, como losas,
un silencio, una inercia del alma de las cosas”.

El poeta, en su orgía de sinestesias conceptuales, identifica la esencia con el Ser: La distancia es la idea

que pone “la fragancia de unidas relaciones sutiles”. El universo, para Cortés, es un infinito espacio (“una divina feria/ en la que el infinito es círculo sin centro/ y el número la forma de lo que es materia”), una distancia insondable (“distancia que no vemos entre una y otra vida”), entre un tiempo y otro tiempo, porque para él la vida es tiempo y el tiempo es vida: vividura, desgarramiento, subjetividad, escisión, extrañamiento, carnalidad, dolor: “El tiempo sólo pudo ensangrentar las cosas”, dice en el poema “*Aquilón*”, un espacio engendrador de las relaciones sutiles, de las correspondencias baudelerianas que están en la génesis del poema. La distancia, los caminos que son “la conciencia de la tierra”:

“La distancia que hay de aquí a
una estrella que nunca ha existido
porque Dios no ha alcanzado a
pellizcar tan lejos la piel de la
noche”...

El concepto del tiempo como tragedia, tristeza y finitud, y el del espacio como unidad externa, se ve también en “*Ángelus*”:

“El cruel ángelus inconsciente,
levántase entre el Ataúd
de lo infinito, en el poniente
de una epicúrea lasitud:
Y en los tejados de las almas

mayan los ruidos de la tierra,
Y, en la locura de sus calmas,
La hora, triste de espacio, yerra”...

La Hora, es decir, el tiempo, la unidad temporal, tiene atributos vitales, está triste, triste de espacio y deambulante. En este mismo poema, aparte de la relación tiempo-espacio, podemos ver el concepto de Dios como Ser Supremo, demiurgo del Universo, pensador y engendrador. El poema “*Ventana*” (originalmente llamado “*Un detalle*”) exalta la distancia, la sensorialidad del espacio envolvente y circunvalante a partir de una visión intensificadora del fragmento:

“Un trozo azul tiene mayor
intensidad que todo el cielo,
yo siento que allí vive, a flor
del éxtasis feliz, mi anhelo”.

Contraponiendo felizmente la finitud a la infinitud, la cercanía a la lejanía, el estar al no estar, la presencia a la ausencia, y fundiendo, en insólita sinestesia, la carne en el espíritu: “dando un aire en que despedaza/su carne una angélica diana”.

El éxtasis, para Cortés, es un concepto eminentemente místico, relacionado con el Génesis y su atmósfera de humedad, vapores y gases, como se puede apreciar en “*Pasos*”:

“Cuando, en el tumulto de la tierra,
sientan los seres su soledad,
dará una tregua eterna la guerra
del ruido: hundirá en la antigüedad
sus pasos el hombre y la mujer,
surcarán la arruga de la frente de
de Dios, donde del éxtasis de ayer
se alza vapor incesantemente...

Y quedarán los enamorados
como despiertos, y dos a dos,
la mirada fija en los Sagrados
Poros, de eterno sudor bañados
de la frente arrugada de Dios”.

En otro poema (el bellissimo soneto “*La flor del fruto*”) dice más claramente:

“El hombre es árbol místico y apenas
comprende Espacio y Tiempo si se vierte
en flor de su alma y fruto de sus venas;

porque en su doble esencia inconfundible
sacan miel las abejas de la muerte
y perfumes las rosas de la vida”.

Fusión de humanidad y naturaleza, convergencia
de Espacio y Tiempo: milagro de la poesía, milagro del
hombre, hacedor de cosas y palabras, ángel y bestia,

criatura de “doble esencia confundible”, Sísifo en ascenso y descenso, dualidad de vida y muerte, muerte y vida, ¡dualidad sólo reconciliada en la visión poética más allá de la historia y la contingencia de rostros, edades, nombres y lugares!

“No hay más saber que el Ser”, dice en su poema sobre Dante, identificando el acto poético con la plenitud del Ser. No es extraño que, además del discurso metafísico, su escritura tenga algo de oración. Escritura de la plenitud y, a la vez, de la inasibilidad del Ser.

Con esta selección de la poesía cortesiana, ilustrada con dibujos de José Luis Cuevas, ese gran artista mexicano, presentamos una muestra de lo más profundo, riguroso, trascendental y representativo que escribió este extraordinario poeta, nacido el 9 de diciembre de 1893 en la ciudad de León y fallecido el 3 de febrero de 1969.

Álvaro Urtecho



Estancias

I

Oh, sol, gloriosa lámpara de estudios de mis tardes,
llenas del inconsciente laborar de las cosas,
potente música de luz que lejos te ardes
y alumbras esas hojas de versos y de prosas;
dame tu roja tinta; esa tinta encendida
con que se escribe el tiempo, para que la verdad
que llevan mis palabras, comunique la vida,
la vida que tú mueves desde la Eternidad.

II

Hoy vi nacer el ancho cielo de la Colonia,
de vírgenes perfumes y pájaros extraños:
un ideal Corinto, una potente Jonia,
que empapa de misterio el curso de los años;
hoy me siento vivir en la leyenda, siento
las luchas de la raza dentro del corazón,
y respirando el aire de un épico momento,
veo la India con ojos de Cristóbal Colón.

Vida anterior

Yo habité muchos años vecino a las estrellas...
Cerca de mí pasaban constelaciones bellas,
lunas de faz oblicua con la frente bañada,
grandes vésperos pálidos, sirios de rayos rojos,
y yo pude mirarlos con el alma y los ojos.

¿Quién me dirá —si en una noche azul de verano
se queda, cara al cielo, junto al vasto océano,
y oye que lanza el viento gemidos lastimeros—,
que no le oyen las viejas familias de luceros
que hace millones de años andan en lo infinito?
¿Quién me diría al menos que su tremendo grito
es inconsciente? Nadie creo que lo osaría.

El Universo tiene su enorme zoología,
que es parecida a la otra, efímera y pequeña,
que en la tierra se nutre, engendra, sufre y sueña.
Los astros tienen odios, rencores y egoísmos,
unos son como tigres y lobos del abismo,
y otros tienen tranquilos sueños, dulces anhelos,
son vírgenes del aire y ascetas de los cielos;
todo prueba sus dichas, como sus pesadumbres:

el esport de las fuentes, el esplín de las cumbres,
la alegría del alba, de occidente la calma,
son indicios de que hasta tienen estados de alma.

La luna es casta, el sol rencoroso, la tierra
se devora así misma en implacable guerra;
los cometas son pálidos cabellos desgredados
que arrastran la cabeza de astros guillotizados;
los cielos tienen sus cósmicos panteones
en que yace el cadáver de las constelaciones,
y también hay despojos de estrellas tal vez puras
que en el abismo vagan, faltas de sepulturas,
y no la hallarán nunca: lo absoluto cautiva.
Para Dios no hay Oriente ni adelante ni arriba,
y por causas, que sólo puede saber la Muerte,
lo que se mueve, en el infinito se halla inerte.

Yo he visto, antes de ahora, que un pulpo del espacio,
escrutando a distancia, el mágico palacio
de una joven estrella –cristalina princesa
de una constelación de diamantes– con esa
ansia que sólo cabe en mentes sobrehumanas
se lanzaba a galope en las rutas lejanas
del abismo, y yo he visto cómo la prodigiosa
estrella, desprendida, en fuga pudorosa,
volaba hacia los negros dinteles de la nada,
palpitante de lumbre, febril, desesperada,
más tiene que alcanzarla un día porque los
raptos de lo insondable, los autoriza Dios.

El barco pensativo

En la sonante playa, con ímpetu afanoso
y movimiento vivo,
tiende sus velas tristes al viento poderoso
el barco pensativo.

Es el hombre. Sus sueños, como marinos graves
van en callada tropa;
mujeres siempre bellas y trémulas como aves
se sientan en la popa.

La incógnita esperanza, petrel de largo vuelo,
en los mástiles ronda
y un coro de recuerdos, coronados de cielo,
se alejan sobre la onda.

Vienen del puente voces, se ordena y se trabaja
bajo las ciudadelas
estáticas de éter; mientras el viento ultraja
el telón de las velas.
El sol imprime exámetros de plata en las espumas,

en el azul se lanza
una ciudad de luces y de brumas;
el horizonte danza.

Y el Capitán, en tanto que la visión celeste
de la hora se disipa,
se acerca a una alta verga y ve alejarse al Este
el humo de su pipa.

Fuga de otoño

Aquí todo, hasta el tiempo se hace espacio.

En los viejos
caminos nuestra voz yerra como un olvido,
y a un éter lleno de recuerdos, se ha salido
de nosotros el alma, para vernos de lejos.

El cielo es como un fiel recuerdo de colores
en que tú arremolinas, luz sonora, tus vientos;
la loca de la tarde hunde sus pensamientos
de luz, en la epidermis de seda de las flores.

Yo hilaré con el blanco vellón de los vésperos,
horas de amor sutiles, concisas y espaciosas
viendo venir las pálidas parejas amorosas
en la convalecencia feliz de los senderos.

Y si vas a fugarte, Otoño, dulce paje
de mi amada autumnal, húndete ante mis ojos,
acosado, en los llanos de los ocasos rojos,
por las ágiles piernas de una ninfa salvaje.

Vita Lumen

(Al Pbro. Azarías H. Pallais)

Calla, viejo violín de mi carne atrevida,
que una música sacra entre mis venas cunda;
quédate abajo, tiempo, lejos de aquí la vida,
mi alma sus alas abre y de cielo se inunda...

Quiero plantar mi sueño en un campo sembrado
que bata un viento fresco y bañe un sol amigo:
me tenderé en la tierra y sentiré, callado,
hundirse entre mi cuerpo las raíces del trigo.

Y cuando en la mañana, las flores y las aves
alcen con dulce gracia su cuello a las alturas,
subirán con la savia mis pensamientos graves
para brindar mi espíritu en las hostias futuras.

Tres amores

Vino una vez: su rostro era de raso,
con el oro silvestre de las frutas;
-¿quién eres, ángel de tranquilo paso?
-¡Soy Ruth, la espigadora de tus rutas!

Vino otra vez: con ambición secreta,
apretó mi deseo hasta la muerte;
-¿Quién eres tú, que vence y que sujeta?
-¡Soy Cleopatra, la del espasmo fuerte!

Vino después: como bacante en celo,
ordenaba en mi ser, que no resiste;
-¿quién eres tú, potente tiranuelo?
-¡Soy Salomé, la de la danza triste!

Irrevocablemente

Por donde quiera que escudriña la mirada,
sólo encuentra los pálidos pantanos de la Nada;
flores marchitas, aves sin rumbo, nubes muertas...
¡Ya no abrió nunca el cielo ni la tierra sus puertas!
Días de lasitud, desesperanza y tedio;
¡No hay más para la vida que el fúnebre remedio
de la muerte, no hay más! ¡No hay más! No hay más
que caer como un punto negro y vago
en la onda lívida del lago,
para siempre jamás...

Las aves

Cuando aún rodaban ríos de escoriáceas riberas
sobre la piel salvaje de la tierra, y cuando al
beso del sol, mostraba en sus anchas caderas
llagas de agua, fuego de piedra y de metal,

como vírgenes úlceras de asquerosidad pura,
las aves —nobles ejércitos del águila bizarra—
cortaron con alegre vuelo la azur llanura,
y el jefe en una roca del cielo hincó la garra.

Y abrió la alondra el lirio de trinos de su pico
para cantar los dulces paisajes perfumados
del sol, que se gozaba inconsciente, en el rico
azur rompiendo un vaso de perfumes dorados.

Y el cisne alzó las alas, como una hostia partida
para santificar el secreto de calma
y volar, en un momento audaz en que la vida
convidaba a encerrarse a vivir en el alma;

escuchando los números de la mar o del viento,
o los jóvenes ruidos terrenales, o los
versículos del manuscrito amarillento
que vi un día en el seno poderoso de Dios.



El poema olvidado

Un viejo cuento extraño me contaron un día
junto a las hierbas, que no saben nada,
cuando conduce alegre el gran pastor del día
los gigantes rebaños de Occidente;
un viejo cuento extraño me contaron un día
junto a las hierbas, que no saben nada,
sentado en una piedra que no siente.

Hoy bajan sobre el valle de mi alma confundida
—el cuento, el sitio, la estación y la hora,
con la sal del amor, fatal para la vida—
hermosos, como una época historiada;
hoy bajan sobre el valle de mi alma confundida,
el cuento, el sitio, la estación y la hora,
como una vieja página olvidada.

Volaba una hora dulce en el aire, impregnado
de todos los perfumes de la vida...
yo usaba oír entonces la voz del complicado
mar de la tierra, del agua y del viento;
volaba una hora dulce en el aire, impregnado

de todos los perfumes de la vida,
cuando oí, en labios extraños, el cuento.

Quise hacerlo poema, y lo cantaba antaño,
dándole música en mi propio ser;
absorbió en mi cerebro todo el jugo del año
hasta darle su forma con desnudo:
quise hacerlo poema, y lo cantaba antaño
dándole música en mi propio ser,
¡y hoy que quiero escribirlo... ya no puedo!

¡Oh, poema! Un recuerdo legendario me labras,
que sobre el valle de mi alma se aleja;
canción cantada antaño en versos sin palabras,
que, hoy están en mi ser, pero olvidados.
¡Oh, poema!, un recuerdo legendario me labras,
que sobre el valle de mi alma se aleja
como sombra de cuerpos ignorados.

La canción del espacio

¡La distancia que hay de aquí a
una estrella que nunca ha existido
porque Dios no ha alcanzado a
pellizcar tan lejos la piel de la
noche! Y pensar que todavía creamos
que es más grande o más
útil la paz mundial que la paz
de un solo salvaje...

Este afán de relatividad de
nuestra vida contemporánea —es
lo que da al espacio una importancia
que sólo está en nosotros—,
—y quién sabe hasta cuándo aprenderemos
a vivir como los astros—
libres en medio de lo que es sin fin
y sin que nadie nos alimente.

La tierra no conoce los caminos
por donde a diario anda —y
más bien esos caminos son la
conciencia de la tierra...— Pero si

no es así, permítaseme hacer una
pregunta: –Tiempo, ¿dónde estamos
tú y yo, yo que vivo en ti y
tú que no existes?

La flor del fruto

En el silencio de las flores se halla
un sacro amor que al porvenir inmuta:
el ser es fin para la propia ruta,
si hay una gracia que perfuma y calla.

La sangre dulce que en la lengua estalla,
al oprimir la carne de una fruta
es la palabra viva y absoluta
en que cada árbol su virtud ensaya.

El hombre es árbol místico y apenas
comprende espacio y tiempo si se vierte
en flor de su alma y fruto de sus venas;

porque en su doble esencia inconfundida,
sacan miel las abejas de la muerte
y perfume las rosas de la vida.

Poema

En el cristal temblante que fluye de una peña
Diana se baña: nivea; los muslos entre la onda;
reclinada en un lecho de mármol; cómo sueña,
mientras juegan sus manos su cadera redonda.

Sus pechos, dos colinas albas, la cabellera,
brisa leda de rubias guedejas los decora,
¡tras que amor en sus cimas dos rubíes prendiera,
hiló en su rueca mágica sobre ellos, la aurora!

Después corre a una gruta en donde, hermoso y pálido;
duerme un joven: la sangre, como un torrente cálido
dentro de ella se agolpa, le tiembla el corazón...

Se arroja. Se estremece la gruta del pecado;
entreabren sus corolas los lirios... ¡Que ha besado
la noble cazadora, la frente de Endimión!

Almas sucias

Abro para el silencio la inercia de la fluida
distancia, que no vemos, entre una y otra vida
y tras la cual las cosas que miramos, observan...

Yo elevaré las vastas esencias que conservan
su secreto de sueños dentro del pecho enorme,
que dentro de mí tienen una idea conforme,
y uniré los detalles de forma, luz y acento
que unifica la pálida lejanía del viento;

porque bajo, entre y sobre los cielos, la distancia
de que os hablo es la Idea que pone la fragancia
de unidas relaciones sutiles, como losas.

¡Un silencio, una inercia del alma de las cosas!

Pasos

Cuando, en el tumulto de la Tierra,
sientan los seres su soledad,
dará una tregua eterna la guerra
del Ruido; hundirá en la antigüedad

sus pasos el Hombre y la Mujer,
surcarán la arruga de la frente
de Dios, donde del éxtasis de Ayer
se alza vapor incesantemente...

¡Y quedarán los enamorados
—como despiertos— y dos a dos,
la mirada fija en los Sagrados
Poros, de eterno sudor bañados,
de la frente arrugada de Dios!

Ángelus

El cruel ángelus inconsciente,
levántase entre el ataúd
de lo infinito, en el poniente
de una epicúrea lasitud;

y en los tejados de las almas
mayan los ruidos de la tierra,
y, en la locura de sus calmas,
la Hora, triste de espacios, yerra.

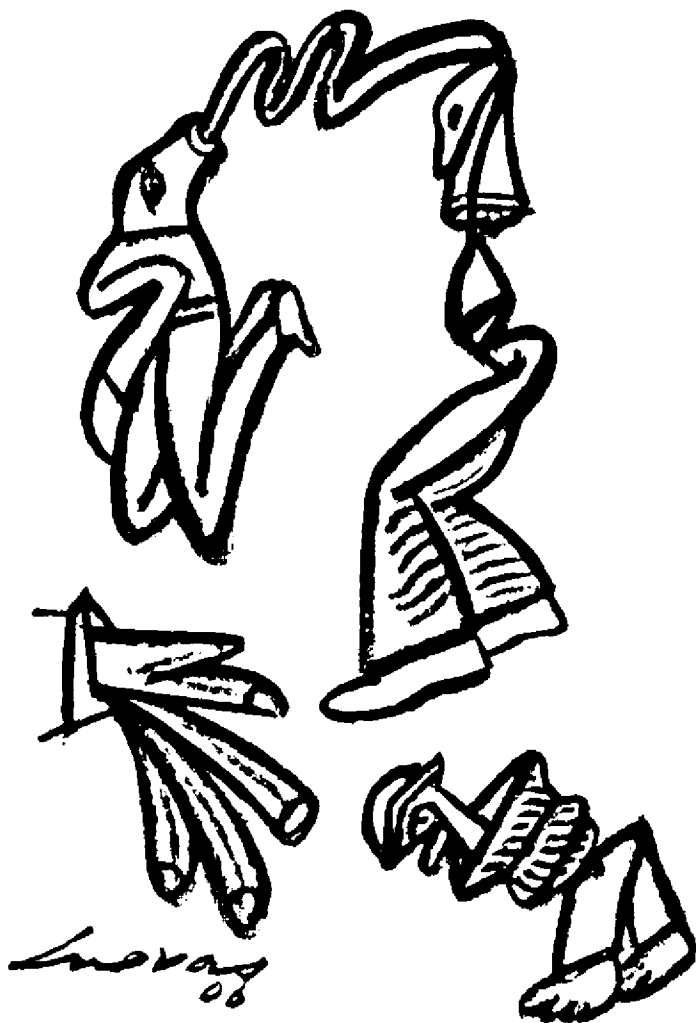
Y, fatigados, los reflejos
que, con las nubes, huyen, huyen,
el uno al otro, tantos viejos
sueños solares, se destruyen,

danzando sobre la aburrida
fluidez del cielo, que se atedia,
y el compás tiene su medida
en el muerto tiempo que media

entre un reflejo que se hunde
y otro reflejo que aparece,
cuya inconciencia se confunde
en el deleite que adormece

los correspondientes olvidos
de Fuegos, de Almas y de Vientos
que halagan todos los sentidos
y ruedan en los pensamientos

de Dios, en tanto que las almas
mayan los ruidos de la tierra,
y, en la locura de sus calmas,
la Hora, triste de espacio, yerra...



Cuadro

El pajarito, cuyas alas eran caricias,
que tiraba el carrito del divino Flechero
y que me trajo a diario manojos de delicias
que dejaba a mi cuarto, ha vuelto ahora, pero

fatigado ha caído junto a mí; alcé los ojos
y vi sus alas rotas, el pecho desplumado,
y en el carrito, dulces y muertos, los despojos
del niño, y el cadáver de una serpiente al lado...

En el sendero

Cuando el rebaño va en la senda,
mueve una música trivial
de piedrecitas, en la tienda
que le hacen los ramajes, y, al

son de esa música, se empina
el alma en los claros floridos
de la esperanza, y la divina
fiesta de mis cinco sentidos

se junta a ti, bajo las ansias
del viento; voluble cáliz
danzando sobre las fragancias
tristes de la carne feliz.

Vuelve hacia mí tu rostro, para
que pueda ver desalterado
mi perro (cual si meditara
con las orejas) a mi lado.

¡Y dame pláticas sabrosas
mientras que de pensar no dejes
que sea nueva el alma de las cosas,
mientras las cosas ya están viejas!

Desde la orilla

El sol enreda sus cabellos en los tilos
del parque, y los enfría en el agua de la taza
en que se ven soñar los viejos peristilos
de cobre; entre las ramas, rápidamente, pasa

un pájaro, y se acerca desde la torre una hora;
desde la orilla verde un cisne a la Onda baja,
y, viniendo a pedirnos pan, en su blanca prora
los ensueños del agua, con el pico, se encaja.

Verano

Una llama de viento
extiende su lamento;
en un valle del alma,
mece una palma

un sutil oleaje
a una altura salvaje;
bajo la hierba mansa,
triste descansa

el cansancio terreno,
y, ebria, bajo el veneno
del Sol, se precipita
esta maldita

raza de mis pasiones
y de mis sensaciones;
que va a salto de cabras,
y sus palabras

cruzan el valle, llegan
a las grutas y juegan

en las selvas sagradas
de tus miradas

y dicen: –“Los acentos
que hay dentro de los vientos
son otros que sus ruidos,
los gemidos”

de la luz precipita
al fuego que gravita;
por los poros del Alma
suda la calma...

Y yo observo detrás
de sus palabras, las
cifras en líneas que
jamás sumé.

Un detalle

Un trozo azul tiene mayor
intensidad que todo el cielo,
yo siento que allí vive, a flor
del éxtasis feliz, mi anhelo.

Un viento de espíritus, pasa
muy lejos, desde mi ventana,
dando un aire en que despedaza
su carne una angélica diana.

¡Y en la alegría de los gestos,
ebrios de azur, que se derraman...
siento bullir locos pretextos,
que estando aquí, de allá me llaman!

Aire

Suena un aire de niño tras las tapias, la plaza
trae patrullas de éxtasis antiguos a mi casa.

Cuando el aire de niño, con pasitos cansados,
rueda con el oboe que muere en los tejados,

y puebla de éxtasis crepuscular
el jardín, lleno de congojas,
que tiene deseos de hablar
palabras dichas entre hojas...

mientras retuercen en la bruma
locos y alegres movimientos
los blancos pliegues de la espuma
del alma, al roce de los vientos...

Órgano

Yo tuve un órgano de Berbería,
y manubrié sus acentos lejanos,
viendo, con ojos de can, que moría
un día azul, tras los robles ancianos.

Y si pasaba un grupo enamorado
riendo, a través de las rosas, vibraba
mi voz, como un puñal ensangrentado,
y sobre el polvo de mi alma, lloraba;

sobre el polvo de mi alma en donde juegan
mis penas, bajo una luz amarilla;
sobre el polvo de mi alma donde llegan
como aullidos las voces de la vida.

Danza Negra

Pasó batiendo sombras el hada de la muerte
en el despierto sueño de un otoño de sombras,
desenroscó una sierpe sus sueños, en la fuerte
visión fatal de las alfombras...

Y buscó en cabeceos locos, buscó el ave,
alzando la columna de su cuello (el esbozo
de un frío), y de la muerte en la mirada grave
reía un diablo doloroso...

¡Y cuando, con la aurora, cayeron las astillas
de luz del sol, —que el pecho de los cielos perfuma—
vi un cadáver a manchas azules y amarillas
y entre sus dientes... una pluma!

Estancia

Órganos familiares de los bosques vecinos,
por vosotros, el viento un ideal me labra;
yo soñé darle a mi alma surcada de caminos
un hecho audaz con lo total de la palabra.

Di mi canción al mundo, órganos familiares,
y mi canción ahora sobre el mundo se pierde,
cual la espuma, que tiembla en el pecho de los mares,
o como vuestras músicas entre el ramaje verde.

Visión

Alma que fue de vida, la del maestro, pasa
por las salas del cielo, como en su propia casa...

Y su mirada, siempre inefable y tranquila,
entre la sacra luz de lo eterno, vacila,

mientras cae una tarde llena de almas, y anhela
ver el rostro del mundo, ver la patria, la escuela;

y pensando en el mundo, desde lo alto, que calma
el mismo Dios, se aparta a llorar con el alma.

Y su sombra, que tanto otro tiempo nos quiso,
se va hundiendo en el fondo del Paraíso;

y se asoma en las grandes puertas de lo divino,
para ver a los hombres; y ve el vital camino;

escucha ruidos locos y voces de batalla
que sepultan las hondas del Misterio, que calla;

ve absorto ahora, las vanas agitaciones
de los seres que caen sobre las estaciones;

y vuelve el rostro al dulce Dios, que todo lo calma,
y el mismo Dios le enjuga las lágrimas del alma...

Esta visión la tuvo, entre dolor, mi suerte,
cuando mordió al maestro el lebel de la muerte.

Las tres hermanas

Hada es la luz, Estela la armonía,
y Teresa la gracia. Y en Teresa,
en Estela y en Hada, culmina esa
fiesta de amor que hace perfecto el día.

Una canta. Otra sueña. Otra confía
al tiempo errante su ilusión ilesa,
y en la sonrisa de las tres se expresa
la suprema verdad de la poesía.

Las tres hermanas en felices horas,
hilan en ruecas de ilusión sus vidas,
como la encarnación de tres auroras

gemelas, y en sus danzas y sus juegos,
van hacia la Esperanza, precedidas
por un coro feliz de niños ciegos.



Ararat

La paloma del arca se ha posado
sobre mi antiguo corazón, y vivo
bajo la sombra de un celeste olivo,
sobre las negras aguas del pasado.

Yo soy la roca en que será labrado
un ideal dos veces primitivo
en que trabajan con tesón esquivo
los pensativos náufragos del Hado.

Tal bajo el monte. Y a una voz secreta,
vi cómo, poco a poco, su silueta
fue tomando las formas del deseo.

Y, como interrogara al Horizonte
quién era el ser aquel, oí que el Monte
se respondió a sí mismo: ¡Prometeo!

El perro

Cada animal hace un secreto signo
a nuestro corazón: en el camello
hay desierto y esfinge; el potro es bello,
el tigre, estúpido; el halcón, maligno;

el buey dice en sus ojos: me resigno;
el gallo alegra el matinal destello,
el cisne enarca el pensativo cuello,
como embriagado de un ensueño digno.

Más sobre todos tú, como amoroso,
que tus orejas fruncen la sonrisa
y tu rabo la cola enarbola;

pues cuando cruces el lago Misterioso,
vendrá, olfateando su ánimo en la brisa,
tu cadáver moviéndome la cola...

El mal amor

Yo te dije una vez: Hermana mía,
vaso de vida, flor de mi costado,
he aquí mi dulce cuerpo preparado
para un rito de fiebre y alegría.

En tu sangre hay la ardiente eucaristía
del deseo; tú tienes el sagrado
poder de cosechar en mi sembrado
la vendimia de mi melancolía...

Tú eres la música de mi alma; ¡asombras!
siendo débil imperas, tus mandatos
se imponen más allá de lo que sabes...

Dame verte, imitando en las alfombras
los juegos a media uña de los gatos
y el trino a medio buche de las aves.

Al Dante

Mi gran vecino el Dante, de faz triste
y corazón magnánimo, sabía
que el silencio que el rostro le envolvía
tiene el sudor sagrado del que asiste,

al inquieto bregar de lo que existe
con lo que piensa, y su melancolía
tenía el gesto del que, a sangre fría,
mata a la muerte porque amor existe.

Oh, Dante, áspero yermo de tormentas,
en cuyos cinturones, tan esquivos,
tu corazón de pedernal revientas,

no más quieras nombrarme, ¡si algo es dable!
¡En el concierto ardiente de los vivos,
ante la eternidad de lo probable!

Clarín patrío

Este clarín que aguarda, colgado a un clavo ahora,
las nueve de la noche para tocar la queda,
o el despertar del día para dar a la aurora
claras dianas que filtran en el éter de seda;

yo lo he visto otro tiempo con la voz de otro canto,
cuando el sol se quebraba en su bronce bruñido
desenvainando acentos como espadas de llanto,
y sacudiendo trémulas banderas de sonido.

Gritería

No hay noche de verbena cual la pura
noche de la Purísima; noche de honda
luz de la luna y luz del alma; blonda
noche en que baja Dios desde la altura.

Noche en que se oye, como de una fronda,
brotar a chorros voces de frescura,
y en que haciendo del alma una aventura,
un amor arcangélico nos ronda...

Yo quiero en esta noche de verbena,
salir como antes con el alma buena
a ver la virgen repartiendo chicha.

Y cuando torne a casa en horas graves,
en vez de gofios y de bien-me-sabes,
en mi salveque encontraré la Dicha.

Reína Amalia

Deja que el mundo, viéndote, recobre
la luz feliz del ideal latino,
que si un ángel se pierde en tu camino
verá a Dios si le das lo que te sobre...

En vano el tiempo irá cuando te cobre
usuras, que ante tu alto don divino,
se quiebran las espadas del destino
y el mar detiene su ímpetu salobre.

La sangre en ti es perfume, y es tan blanca
e insigne la virtud de tu tesoro,
que diste brazos a la Venus manca.

Por eso, al descubrir tus maravillas,
perderán su valor, diamante y oro,
y se pondrán los astros de rodillas.

Vida anterior

El hombre está esparcido en la Naturaleza...
los seres se reparten sus sueños, su tristeza,
sus dichas, sus auroras, su afán, su pensamiento.
Hasta las cosas tienen a veces un momento
en que expresar parecen ocultas intenciones,
como si dentro de ellas latieran corazones.

Yo he visto piedras tristes como si en lo infinito
fueran la acusación mística de un delito,
y otras llenas de afecto, como si ante lo humano
se adelantaran mudas, tendiéndonos la mano...

Y he visto árboles, pobres árboles resignados
que tienen la actitud de recordar pasados
inmemorables, o altos, inquietos y febriles,
como si propusieran argumentos sutiles
a la aurora burguesa, o al viento vagabundo.

La exégesis

En una Isla antigua como el Sol y el Viento,
donde los caminos a sí mismo van,
y en donde los seres y las cosas tienen
la voz que a las formas la palabra da,
como escrita en mi alma leí una sentencia
que era el epitafio de la Eternidad:
“A los muertos que nunca han vivido,
a los vivos que no morirán...”.

Y ante aquella hermética cifra absoluta,
que era como el Karma de un Yo impersonal,
fijando en mi propia presencia la vista,
buscaba el sentido que tiene mi afán,
y como si fuera foco de silencio
se llenó mi ensueño de sonoridad,
por los muertos que nunca han vivido,
por los vivos que no morirán.

Irónico símbolo, audaz paradoja,
síntesis absurda del bien y del mal,
consonancia abstracta de todo lo creado,

ley contradictoria del eterno azar,
tú eres la infinita órbita sin ruta
en que va marchando la inmovilidad
de los muertos que nunca han vivido;
de los vivos que no morirán.

¿Es la piedra el muerto que nunca ha vivido?
¿Es el Cristo el vivo que no morirá?
¿Es que Saulo cae frente de Damasco?
¿Se alza ante Sodoma la Mujer de sal?
¿O acaso escuchamos en todo momento
la última palabra del Juicio Final?

¡Oh, los muertos que nunca han vivido!
¡Oh, los vivos que no morirán!

Y yo dije: —¿Quién grabó estas palabras
en que de sí misma duda la Verdad?
¿Las escribió el dedo rosado de un ángel,
o las rayó la uña de un demonio audaz?
Y, ¿cómo es posible que haya un imposible
que forme el resumen de un todo integral?
¡Como los muertos que nunca han vivido!
¡Como los vivos que no morirán!

Y en esa Isla, antigua como el sol y el viento,
—luz y movimiento son la eternidad—
vi petrificados en golfos de tumbas

los vivos cadáveres de un póstumo mar
en que convertidas en mármol las olas
lanzaban su muerta inmortalidad.
¡A los vivos que nunca morían!
¡A los muertos que no vivirán!

La danza de los astros

La sombra azul y vasta es un perpetuo vuelo
que estremece el inmóvil movimiento del cielo;
la distancia es silencio, la visión es sonido;
el alma se nos vuelve como un místico oído
en que tienen las formas propia sonoridad;
luz antigua en sollozos estremece el abismo,
y el silencio nocturno se levanta en sí mismo.
Los violines del éter pulsan su claridad.



Yo

Alma y cuerpo, los dos están en mí
renovando ideal y primavera:
soy la fuerza centrípeta que espera
vencer el tiempo y los espacios; fui

el punto en que citáronse el alma y
el pobre cuerpo; soy la fuerza entera;
tengo la metafísica tijera
con que corto la tela en que nací.

Soy la literatura necesaria;
la crítica del tiempo; la encendida
brasa de la Conciencia extraordinaria.

¡Alma y materia hiciéronme tan fuerte,
pues su mutua vendimia da la vida,
y en su conocimiento está la muerte!

Miserere

Señor, jamás mis manos manché en viles oficios
aunque las ha quemado la fiebre de los vicios;
maniaté mis corderos para tus sacrificios.

Señor, mis pobres ojos con miradas impuras,
se pierden por los dédalos de mis sendas oscuras,
pero siempre que puedo los vuelvo a tus alturas.

Señor, en vano afino mis oídos rendidos,
por escuchar el canto de tu voz. Mis oídos
sólo escuchan gemidos, gemidos y gemidos.

Darío

Alma ante Dios, ya has visto lo pensado,
ante el asombro en que el siglo delira,
y en un coro de arcángeles, tu lira
da un aire audaz que es alma del pasado.

Ya Triptolemo puso en ti su arado,
y tu gesto en el mármol, sólo aspira
estar, carne de Dios que no respira,
en una muerta eternidad lanzado.

Ya no te amargan las rituales frutas
que te dio un día la mujer, tu hermana,
ángel fatal de nuestras tristes rutas;

y en un bloque ideal de pensamiento,
avanza audaz sobre la mar humana,
tu corazón cual vela a todo viento...

Balada de la Corza Blanca

No sé si fue en la avenida sonora
de un bello parque, en la estación divina
en que le habla la flor a su vecina
y el viento es alma y corazón la aurora.
Una ternura entre las almas llora,
un cisne joven boga en la laguna
y un ave implume pía entre su cuna...
cuando de pronto, pasa misteriosa,
como un rayo de sol sobre una rosa,
la corza blanca, hermana de la luna.

Velásquez la evocó, y a sus pinceles
también he visto aparecer su gracia,
junto a una dama de la aristocracia
que la acaricia bajo dos laureles.
Al seguirla mis ojos cual lebreles,
murieron de humildad, de ensueño y de una
fiebre de paz que en su mirada bruna
ponía un reto de candor ileso,

siendo un rayo de luna sobre un beso
la corza blanca, hermana de la luna.

Luego, la he visto a veces en el ala
de una paloma, y su inocencia en vuelo
me hace pensar en que hasta el mismo cielo
es feo y triste si la luz es mala.
En la sonrisa de un jardín en gala
puede también sentirse la oportuna
fragancia de la su vida, pues ninguna
violeta o lirio se nos brindaría
como en la forma de una eucaristía,
la corza blanca, hermana de la luna.

Envío

Princesa: el viento sabe muchas cosas;
pero a mi alma hoy le basta saber una:
que aquí deja el perfume de sus rosas
la corza blanca, hermana de la luna.

Yo

Muchos me han dicho: –El viento, el mar, la lluvia, el grito de los pastores... Otros: –La hembra humana y el cielo; estos: –La errante sombra y el invisible velo de la Verdad, y aquellos: –La fantasía, el mito.

Yo no. Yo sé que todo es inefable rito
en el que oficia un coro de arcángeles en vuelo,
y que la eternidad vive en sagrado celo,
en el que engendra el hombre y pare lo infinito.

Por eso, mis palabras son silencio hablado,
y en la fatal urdidumbre de cada ser, encuentro
difícil lo sabido y fácil lo ignorado...

Yo soy el Mercader de una divina feria
en la que el infinito es círculo sin centro
y el número la forma de lo que es materia.

La canción de las cosas

Es el tiempo del Tiempo: ¡Vida Extraña!

(—¿Quién sabe
el secreto sentido que a la palabra humana
da en símbolo la nube, y la roca y el ave?
El hombre piensa: ¡Nunca! Y Dios dice: ¡Mañana!

Alma mía, no sabes aún, ¿por qué es que tiene
forma tu cuerpo? Dime: ¿ignoras todavía
en dónde están las fuentes del silencio, que viene
a bañar los contornos de tu melancolía?

Prodigio de la ciencia de saber, que es tu esencia,
— ya te es llegado tu momento de infinito
y el Universo se halla atento a tu conciencia—
da el grito de tu fuerza, que ese es tu propio grito.

Yo te he visto, ¿recuerdas? —Como Pirro que lanza
el guijarro divino para crear lo humano—
al dintel del futuro, saltar, como esperanza
viva, llevando tu propia vida en la mano.

Y luego, también te he visto ser como un errante
y misterioso punto vivo, que va y que brilla,
o como el número de un ritmo palpitante
que forma a Dios el círculo de una onda sin orilla...

Porque siendo la luz y la acción en que sacio
el ímpetu tremante de mi ser y mi voz,
creo que, en la sagrada conciencia del espacio,
el sol y el viento son familiares de Dios.

Camínos

(Libro del Padre Pallais)

El Padre Pallais va por sus Camínos
con la errante gracia de su ingenuidad,
como los romeros, como los beduínos
o como los astros de la eternidad.

Camínos: misterio. ¿Qué saben los hombres
lo que es cosa que sin ir se aleja?
¿Y qué sacerdote les ha puesto nombres
que suenan sonoros como plata vieja?

La gran plegaria

El tiempo es hambre y el espacio es frío.
Orad, orad, que sólo la plegaria
puede saciar las ansias del vacío.

El sueño es una roca solitaria
en donde el águila del alma anida:
soñad, soñad, entre la vida diaria.



Inovas
06

La caridad

Si veis los ojos con llanto
y las carnes andrajosas
flageladas con las rosas
del martirio y del quebranto;

si veis la pálida tez
llena de surcos extraños,
donde arrojaron los años
el polvo de la vejez;

si las pupilas del niño
dan afanosos destellos;
poned sobre todos ellos
la luz de vuestro cariño.

Brindad al doliente enjambre
que no cesa de llorar,
algo con qué mitigar
el cruel azote del hambre.

Haced la dicha y el bien
a esas tristes vidas muertas,

para que os abra sus puertas
la eterna Jerusalén.

Y al ascender a lo azul
con vuestra sublime palma,
os dará un beso en el alma
San Vicente de Paúl.

Las tres hermanas

Sor Fe es todo pureza. La luna le hila el lino
de su traje y al alto mirador del convento
lleva todas las tardes su feliz pensamiento,
se adelanta su sombra a enseñarle el camino.

Sor Esperanza es todo amor. Y en su divino
manto azul que estremece la caricia del viento,
da la eternal virtud que hay en su sacramento
en el pan de la carne y en la sangre del vino.

Pero Sor Caridad es el verbo de vida,
que a la luz y al amor, se levanta vestida
por el velo inefable de la sola verdad,

mientras riegan sus manos, que dejó descuidadas,
los racimos de estrellas que en las noches calladas
van abriendo sus ojos bajo la eternidad.

La piedra viva

La piedra despertó, (y era una piedra
como las otras que hay en la Montaña,
con piel de musgo y venas de yedra).

Y abrió los ojos. (Era la hora extraña
en que se enciende el sol, como la hoguera
que calienta al pastor en la cabaña).

Y luego dio dos pasos. (La ladera
era sonora y bárbara, y los vientos
peinaban su sombría cabellera).

Y en interiores estremecimientos
se inquietaba la Piedra, hasta que el ansia
le abrió la boca, y dijo pensamientos:

...¿En dónde estás, en dónde estás, distancia
sin relación y tiempo sin medida,
y lo que Dios es, la única fragancia?

Oh, quítame esta túnica: vestida
así, mi ser es cosa, sólo cosa,
pues la forma es la cárcel de mi vida.

Ángelus

¡Oíd! ¡Oíd! Saluda al moribundo día
la campana en la torre, celeste centinela:
rumor con alas de ángel, que sobre el alma vuela
primero en lentas voces, después en vocería.

El Ángel del Señor, que se anunció a María
baja con el crepúsculo y clama: vela, vela;
mientras en los hogares la vida se consuela
porque Dios le ha otorgado mística garantía.

Señor, que toquen la orla de tu divino manto
los que sufren vigilia en soledad y llanto,
los que calcina el sol de sudorosas rutas,

y los que hicieran pactos ante los enemigos
de tu obra eterna y bella; los pálidos mendigos,
los negros asesinos, las rojas prostitutas.

Al genízaro histórico

Te amo, viejo árbol, porque a todas horas,
reproduces misterios y destinos
con la voz de los vientos vespertinos
o de los pájaros en las auroras.

Tú que la plaza pública decoras
pensando pensamientos más divinos
que los del hombre, indicas los caminos
con tus ramas altivas y sonoras.

Genízaro, tus viejas cicatrices,
donde cual en infolio se halla escrito
lo que hace el tiempo en su caer constante;

más tus hojas son frescas y felices
y haces temblar tu copa en lo infinito,
mientras la humanidad va hacia delante.

La Catedral

La catedral con su fachada hermosa
y su interior resplandeciente y puro
desafía los siglos del futuro
y el nuestro, pobre, que no ansía ni osa.

Bajo un cielo de hierro que rebosa
plenitud de un azul firme y seguro,
y a través del ramaje casi oscuro
se ostenta como madre y como diosa...

Madre para los ojos, soberana
y pía, como el alto paraíso
a que nos llama el toque de campana:

y que predica y ora y da el ejemplo,
tal el único bien cierto y preciso,
que hace también del hombre un nuevo templo.



Del gran árbol siempre erguido de la poesía nicaragüense se destaca la obra metafísica y mística de Alfonso Cortés. Poesía de reflexión profunda sobre el Ser y sus esencias, la relación entre espacio y tiempo, el concepto de lo Absoluto y la Trascendencia, la lucha hamletiana del hombre por superar la temporalidad y la contingencia terrenal.

Me siento complacido de que en esta Colección que lleva mi nombre se incluya una selección de 50 poemas que expresan lo más representativo y esencial que ha legado a la posteridad este extraordinario poeta leonés que exploró, como ningún otro de los grandes poetas de nuestro país, el abismo insondable del alma humana, impulsada por el deseo de ascender y acceder a otro espacio y otro tiempo que sólo puede ser el de la Eternidad.

Como dice el poeta: “El ser es fin para la propia ruta, si hay una gracia que perfuma y calla”. Como Presidente de la República de Nicaragua, destacada entre las naciones por la fecundidad, constancia y universalidad de su tradición literaria, me llena de alegría rendir un homenaje al inmenso Alfonso, cuya poesía merece ser más conocida tanto dentro como fuera de nuestro país.

Esta alegría se acrecienta al presentar esta publicación que trae como novedad principal, una serie de dibujos de José Luis Cuevas, maestro de las artes plásticas de México y de todo el continente americano, conocedor y admirador de la poesía alfonsina.

Enrique Bolaños Geyer
Presidente de la República